



CHURRAS Y MERINAS • ROMÁN ÁLVAREZ

## Universidad de la Experiencia

**A**LGUIEN dijo que enseñar es un ejercicio de inmortalidad. Yo diría que en los tiempos actuales es más bien un ejercicio de supervivencia, tal como está la enseñanza en cualquiera de sus niveles. Nos hallamos en un mundo posttecnológico en el que la ideología humanista ha dado paso a un nuevo espacio donde el docente es más propenso a formular preguntas que a proporcionar respuestas. Quienes estamos involucrados en la educación, en la transmisión de saberes, en el contacto directo con los alumnos, somos partícipes de una comunión, actores en un proceso a la vez delicado y gratificante. Por eso resulta grato comprobar cómo personas que ya han colmado sus aspiraciones profesionales y pueden hacer un alto en sus quehaceres familiares invierten el tiempo disponible en mejorar su formación; no por necesidad, sino por el puro placer de descubrir y pensar; no por competir en una alocada carrera de méritos la-

borales, ni para medrar en la política, sino por colmar sus inquietudes espirituales; no por demostrarle a nadie su valía intelectual, sino por demostrarse a sí mismos de lo que son capaces, porque pueden hacer ahora aquello que acaso no se pudieron permitir —o no les permitieron hacer— en su juventud.

Recientemente tuvo lugar la clausura del Programa Interuniversitario de la Experiencia de la Universidad de Salamanca. Decenas de participantes procedentes de distintos centros adscritos de las provincias de Salamanca, Ávila y Zamora se dieron cita en el Paraninfo para celebrar la graduación con la solemnidad requerida: intervenciones de su propio coro, lección de clausura, sentidos discursos, imposición de bandas, y emociones, muchas emociones. Unos universitarios veteranos —que bien pudieran servir de modelo a otros universitarios noveles— dieron ejemplo de dedicación, tesón, esfuerzo, ga-

nas de aprender y gratitud hacia quienes a lo largo de los cursos compartieron saberes y experiencias con ellos en el aula. Estos estudiantes maduros en años pero jóvenes en espíritu suponen un auténtico orgullo para quienes creemos que el conocimiento, a cualquier edad, proporciona al individuo mayores cotas de libertad e independencia, ya sea política, económica o social. Las caras de estos alumnos irradiaban destellos de curiosidad, traslucían enriquecimiento intelectual, mostraban sin ambages satisfacción por lo adquirido, alegría por haber podido llegar a las fuentes del significado de la mano de sus profesores. Y por encima de todo, unas irrefrenables ansias de vivir y de disfrutar con lo aprendido. Iniciativas como la de la Universidad de la Experiencia honran a quienes las impulsan y prestigian y ennoblecen a quienes se embarcan en ellas. ¡Qué gran lección de espíritu universitario!